

que se veía la cabeza de San Juan sobre un plato.»

Tomás Arthus nos representa á Enrique III acostado en un lecho ancho y espacioso, quejándose de que se le despierte demasiado pronto á medio día, con una máscara y un lienzo sobre la cara, guantes en las manos, tomando un caldo y volviendo á abrigarse en su lecho. En un aposento vecino, Caylus, Saint-Mesgrin y Mougiron, se hacían rizar el cabello y dar la última mano al tocador mas afeminado; se hacían arrancar el vello de las cejas, se ponían dientes postizos, se pintaban el rostro y gastaban mucho tiempo en vestirse y perfumarse. Salían luego para ir á la cámara de Enrique III «moviendo de tal manera su cuerpo, la cabeza y las piernas, que yo creía que no podían menos de caer á lo largo... Este modo de andar les parecía mas elegante que ningún otro.»

Enrique abrazaba á sus favoritos delante de todo el mundo; les ponía collares y pendientes; pasaba los días con ellos en departamentos secretos; por la noche los acostaba consigo en un gran salón, á cuyo alrededor había camas separadas por un pequeño tabique como en un dormitorio de convento; el favorito del día participaba del lecho de su rey. En este dormitorio comun fue en donde Saint-Luc ensayó despertar los remordimientos en el alma de su señor, hablándole por el cañon de una cerbatana.

Las mujeres hacían un papel principal en todas estas intrigas: Catalina de Médicis había mantenido un comercio íntimo con el primer cardenal de Guisa, como sobrina de dos papas (Leon X y Clemente VII) decían los hugonotes. Fue acusada de haber corrompido premeditadamente á su hijo Carlos IX: «En lugar de adornar aquella real juventud con todas las virtudes... Deja acercarse á él maestros blasfemos, burladores de la religion; ella hace que le soliciten proveedores, que pone como centinelas á su alrededor; de tal modo pierde toda la vergüenza, que ella misma le sirve de proveedora (1)» (*Discursos maravillosos*). Se decía que había intentado envenenar todo el ejército del príncipe de Condé.

Madama de Bourdaisière, abuela de Gabriela, llenaba la corte con sus aventuras: «Tan bella en sus viejos días, dice Brantôme, que no se hubiera dicho sino que estaba en sus juveniles años, de modo que sus cinco hijas, que eran también hermosas, no la oscurecían en nada.»

La joven duquesa de Nevers no conservó mucho tiempo el recuerdo del fin trágico de Coconas; fue sorprendida en otras citas, lo que dió lugar á uno de los títulos de las pretendidas obras de ingeniosa sátira titulada: *Biblioteca de madama de Montpensier*. El título era *Manera de andar mucho en poco tiempo, por madama de Nevers*.

Ya se ha hablado de la bella de Sauve, mujer en segundas nupcias de Francisco de la Trencaille, marqués de Noirmontiers.

Ana d'Estrées, marquesa de Cœuvres, hija de madama de La Bourdaisière y madre de Gabriela, había dejado á su marido para juntarse con el marqués d'Allegre. Fue asesinada en Issoire cuando los católicos tomaron esta ciudad por asalto (el 28 de mayo de 1677). Su cuerpo desnudo puso de manifiesto cierto singular adorno de aquellos tiempos de libertinaje.

Otras altas damas, tales como la duquesa de Guisa, sostenían relaciones que terminaban casi siempre por asesinatos. Saint-Mesgrin fue asesinado á las once de la noche, saliendo del Louvre, por treinta hombres á cuya cabeza se creyó reconocer al duque de Mayenna. Llevada la noticia á Gascuña al rey de Navarra, dijo: «Agradezco al duque de Guisa no haber podido sufrir que un doncel le deshonrase; así es como convendría ataviar á todos estos pequeños galanteadores de

(1) Cambio la palabra del texto. *Discours sur le...*

la corte, que se acercan á las príncesas para requebrarlas.» (L'ESTOILE).

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias del reino, con solo mirar la blancura de sus brazos. Según el padre La Costa, había triunfado del marqués de Canillac que la guardaba en aquel castillo. Aparentaba tener mucho afecto á la esposa de Canillac. Lo gracioso del juego, dice d'Aubigne, fue, que al punto que su marido (Canillac) había dado la vuelta para ir á París, Margarita la despojó de sus mejores alhajas, la echó fuera del castillo como una mujer despreciable, con todas sus guardias y Margarita se hizo dueña y señora de la plaza. El marqués se encontró burlado y sirvió de risa al rey de Navarra.»

Margarita lloraba los objetos de su cariño cuando los había perdido, hacia versos á su memoria y declaraba que les sería siempre fiel.

Aquella misma noche Margarita ya estaba rendida á otro amante y mentía á su amor y á la musa. Habiendo sido decapitado La Mole, suspiró al recordarse de su bello Jacinto. «El pobre diablo d'Aubiach, al ir á la horca, en lugar de acordarse de su alma y de su salvación, besaba un manguito de terciopelo azul que le quedaba en testimonio de los favores de su dama.» Aubiach, cuando vió por la primera vez á Margarita, había dicho: «Quisiera ser amado de ella (2) aunque me costara ser ahogado algun tiempo despues. Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perro pequeño que le había regalado Margarita. D' Aubigne pretende que Margarita había mandado hacer en Usson las camas de sus damas extremadamente altas con un objeto que la decencia no permite decir.» Pominy, hijo de un calderero de Auverne, de niño de coro que era, llegó á ser secretario y favorito íntimo de Margarita. La misma historia la supone prostituida desde la edad de once años á d'Antraques y á Charin; la considera también entregada á sus dos hermanos, Francisco, duque d'Alenson y Enrique III. Pero es preciso no creer enteramente á d' Aubigne, hugonote severo, descontento y de un espíritu cáustico. Pibrac y Brantôme no hablan como él.

Margarita no amaba á Enrique IV á quien encontraba sucio. «Recibía á Champvallon en una cama alumbrada con hachas entre dos lienzos de tafetan negro... Había dado oídos á Mayenna, buen vividor, gordo, grueso y voluptuoso como ella, y al asqueroso vizconde de Turena y al viejo ruñan de Pibrac, de quien enseñaba las cartas para hacer reír á Enrique IV, y á cierto criado natural de Provenza, Date, á quien había ennoblecido en Usson y aquel ignorante de Pajamont,» último amante, figuraba en la larga lista principiada por d' Antraques y que había continuado con los favoritos ya citados, el duque de Guisa, Saint-Luc y Bussy.

En medio de estos desórdenes, es preciso dar lugar á las rígidas maneras de existencia de los reformados y á la vida austera de aquellos magistrados católicos que se parecían á los romanos del tiempo de Cincinato, trasportados á la corte de Eliogábalo. Duplessis-Mornay era el ejemplo del partido protestante. Su virtud le concedía el derecho de aconsejar á Enrique IV acerca de sus debilidades; en el campo de batalla de Coutras, en el momento en que la acción iba á comenzar, hizo conocer al joven rey de Navarra que había introducido el desorden en una familia honrada por un lazo criminal; que debía á su ejército la reparación pública de este escándalo y á Dios, ante el cual iba tal vez á aparecer, la humilde declaración de su falta. Enrique se confesó con el ministro Chandien y dijo á los señores de su corte que le querían descaminar. «Ninguno puede humillarse lo bastante ante Dios, ni provocar demasiado á los bombres.» Puesto en se-

(2) El texto es mas franco. *Discours sur le...*

guida de rodillas con sus soldados protestantes, oyó la oracion pronunciada por el ministro protestante. Joyeuse, que mandaba el ejército católico, al ver á los enemigos arrodillados y exclamó: «¡El rey de Navarra tiene miedo!—No lo creais, respondió Lavardin; jamás hacen oracion sin haber resuelto vencer ó morir.» Joyeuse perdió la batalla y la vida.

Mornay, como Sully, permaneció fiel á su religion cuando Enrique IV abjuró de ella; ultrajado por un caballero joven, pidió justicia á Enrique IV, quien le respondió: «Señor Duplessis, tengo un gran sentimiento por la injuria que habeis recibido, de la cual participo como rey y como vuestro amigo. Por la primera razon os haré justicia y á mí también; si yo no tuviese mas que el segundo título, no encontrarais ninguno cuya espada estuviese mas pronta á desenvainarse, ni que confiara á ella su vida mas valientemente que yo.» Bajo Luis XIII, Mornay había gozado siempre de consideracion; pero habiendo caído en la desgracia y viéndose obligado á renunciar á su gobierno de Saumur, queria dejar la Francia: «Se grabará sobre mi tumba, decía en tierra extranjera: *Aquí yace el que á la edad de setenta y tres años, despues de haber empleado sin reproche cuarenta y seis al servicio de dos grandes reyes, fue obligado á buscar su sepultura fuera de su patria.*»

Los magistrados católicos ofrecían aun costumbres mas graves y mas santas. Durante muchos siglos no recibieron ni presentes ni visitas, ni cartas ni mensajes relativamente á los procesos. Les estaba prohibido beber y comer con los litigantes; no se les podía hablar mas que en la audiencia; no podían comerciar; ni se presentaban en la corte sino por orden del rey. La justicia fue al principio un cargo gratuito: los consejeros del Parlamento recibían cinco sueldos *parisis* por día, el primer presidente mil libras por año. Los otros tres presidentes quinientas libras; á esto se añadía una capa de invierno y otra de verano. Eran precisos treinta años de servicio para obtener, á título de pension, la continuacion de tan módica paga. Cuando estos magistrados no estaban de servicio, no cobraban sueldo y volvían á enseñar el derecho en las escuelas. Bajo Carlos IV el Parlamento estaba tan pobre, que el escribano no pudo extender el proceso verbal de algunas fiestas dadas en París, porque no tenía pergamino, ni su tribunal dinero para comprarlo. Todos los gastos del parlamento de París hacia el siglo xiv ascendían á la suma de once mil libras, moneda de aquel tiempo.

En cuanto á la ciencia, aquellos antiguos magistrados la consideraban como una parte de sus deberes y desde la infancia hasta la vejez su vida no era mas que un prolongado estudio. «El año de 1543, dice Enrique de Mesmes, hijo del primer presidente de Mesmes, fui enviado á Tolosa para estudiar las leyes con mi preceptor y mi hermano, bajo la direccion de un viejo caballero todo cano, que había viajado mucho tiempo por el mundo. A las cuatro de la mañana estábamos en pié y despues de algunas oraciones á Dios, íbamos á las cinco á los estudios, con nuestros gruesos libros debajo del brazo, nuestras describanías y nuestros candeleros en la mano.»

De Thon encontró á Carlos de Lamoignon en Valencia, en donde Cuyas explicaba á Papiniano; acompañó en Italia á Paul de Foix y á Arnald d'Ossat. De Foix mandaba que le leyeran á la hora de comer en la posada y para descansar leía algunas páginas de Aristóteles y de Ciceron en su idioma original, ó los Sumarios de Cuyas en el Digesto; de Thon era el auditorio, y de Chosne, que llegó á ser presidente en Chartres, el lector. El canciller d'Aguesseau cuenta casi lo mismo acerca de la educacion que le dió su padre. «Mi padre nos llevaba casi siempre consigo en sus frecuentes viajes; su carroza venía á ser una especie de clase, donde teníamos la dicha de trabajar

bajo la direccion de tan grande maestro. Despues de la oracion de los viajeros, por la cual mi madre comenzaba siempre su marcha, explicábamos los autores griegos y latinos.

La regla ordinaria de mi padre y de mi madre era reservar para el ejercicio continuo de su caridad el diezmo de todo lo que recibían. Miraban á los pobres como á sus hijos; de suerte que si tenían diez mil francos de que disponer, no disponían mas que de ocho, dando los otros dos á los pobres, á quienes miraban como su propia sangre por una adopcion santa y gloriosa para ellos, que ponía á Jesucristo mismo en el número de sus hijos. Pero las calamidades públicas aumentaban casi siempre la parte de los pobres mucho mas allá de esta proporcion.»

A la muerte de uno de los antepasados de Thon, el Parlamento no solo declaró que asistiría á las exequias de su presidente, sino que lloraría su pérdida tanto tiempo como la justicia reinara en los tribunales, declaracion que fue inscrita en los registros. En 1588 las literas y las carrozas comenzaban á estar en uso en la corte; la presidenta de Thon no iba nunca por la ciudad mas que á la grupa detrás de un criado para servir de regla y ejemplo á las demás mujeres.

Es de notar, bajo el reinado de los Valois, á Cristian de Lamoignon: hay ciertas familias así como ciertos hombres, que están largo tiempo buscando su genio, y permanecen desconocidas hasta que lo han encontrado. Los Lamoignon, de bravos y oscuros caballeros, vinieron á ser magistrados ilustres; pero parecían retener algo de su destino primitivo: la toga no fue mas que su cota de armas: la providencia reservó á Malesherbes un campo de batalla, un combate glorioso y la muerte por la cuchilla. El Cristian de Lamoignon del siglo xvi había estudiado bajo la direccion de Cuyas, como su padre Carlos bajo Alciano; vivió en medio de las guerras civiles. Entre otras aventuras, vino de Bourges á París, disfrazado de mendigo; entró en su casa como Ulises pidiendo limosna y allí fue recibido con lágrimas de alegría por sus hermanos y hermanas. Baille no era al principio mas que á manera de una pequeña hospedería donde apenas había mas que dos ó tres aposentos que dar á los extranjeros; en el mas grande se ponían cuatro camas. En lo sucesivo Baille llegó á ser un palacio donde se juntaba la mejor y la mas ilustre sociedad: madama de Sevigné encontró allí, en una biblioteca célebre, al padre Rapin y Bourdaloue, cuyo espíritu era encantador y de una facilidad muy amena.»

Una anécdota da á conocer la sencillez de costumbres de aquellos antiguos magistrados: «Claudio de Bullion dice el presidente Lamoignon en sus Memorias, había sido educado con mi difunto padre. Gustaba mucho de contarnos cómo se les conducía á los dos en un mismo asno, en cestos, uno de un lado y otro de otro y que se ponía un pan del lado de mi padre, porque era mas ligero que él, para hacer el contrapeso.»

El primer presidente Le Maitre estipulaba en los arrendamientos de sus tierras: «Que en las vísperas de las cuatro grandes fiestas del año y en tiempo de vendimias, estarían obligados á llevarle una carreta cubierta con buena paja dentro, para asentar allí á María Sapi, su mujer, y á su hija Genoveva, como también llevarle un borriquillo y una burra para cabalgadura de su camarero, mientras que él, primer presidente, marcharía delante, en su mula, acompañado de su amanuense que iría á su lado.»

Estos hombres tan sencillos, tan doctos, tan integros, que descollaban en medio de las generaciones nuevas como los oráculos de lo pasado, eran ademas jueces intrépidos: no solamente eran los custodios de las leyes, sino hasta sus soldados, digámoslo así, pues sabían morir por ellas.

Brantôme, hablando del canciller de l'Hopital dice: «Era otro Caton el Censor, que sabia censurar bien y corregir el mundo corrompido. A lo menos tenia toda la apariencia de tal; pues al ver su gran barba blanca, su cara pálida y sus maneras graves, se hubiera dicho que era un verdadero retrato de San Gerónimo»

«No era conveniente jugar con aquel gran juez y austero magistrado; si alguna vez se manifestaba dulce era allí donde veia la razon.... Su amor á las letras dulcificaba algun tanto su rigorismo en la administracion de justicia. Era grande orador y muy fecundo, gran historiador y sobre todo muy divino poeta latino como se ve por muchas de sus obras.»

L'Hopital, poco querido de la corte y sin favor, se retiró pobre á una pequeña casa de campo cerca de Etampes. Se le acusaba de moderantismo en religion y en política; cuando la matanza de la San Bartolomé fueron asesinos á buscarle. Sus criados trataron de cerrar las puertas de la casa. «No, no, dijo, si la puerta pequeña no es bastante para que entren, abrid la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canciller ocultándola en su casa y él mismo debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya. Tenemos su testamento en latin: Brantôme lo tradujo al francés.

«Aquellos, dice l'Hopital, que me habian perseguido, tomaban una capa de religion, cuando ellos mismos no tenian piedad ni religion; pero os puedo asegurar que nada les movia mas que el pensar que mientras yo estuviera en ejercicio, no les seria permitido romper los edictos del rey, ni saquear sus haciendas, ni las de sus súbditos.»

«Por lo demás, hace cerca de cinco años que paso aquí la vida de Laërtes. . . . y no quiere refrescar la memoria con cosas que he sufrido en este departamento de la corte.»

Los muros de su casa se iban cayendo; costábale trabajo el mantener á sus viejos servidores y una numerosa familia y se consolaba, como Ciceron, con las musas. Pero deseaba ver á los pueblos restablecidos en su libertad y murió cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habian sido todavía comidas por los gusanos, ó devoradas por los peces y los cuervos.

Después de la jornada de las barricadas, el duque de Guisa fué con su acompañamiento á visitar al primer presidente Aquiles de Harlay. «Se paseaba en su jardín y se admiró tan poco de su venida, que no se dignó siquiera volver la cabeza, ni interrumpir su paseo comenzado; acabado que fue este, es decir, asi que llegó al extremo de la calle de árboles, se volvió, y al volverse vió al duque de Guisa que se le acercaba; entonces aquel gran magistrado levantando la voz dijo: Es gran lástima que el criado persiga al amo. Por lo demás mi alma es de Dios, mi corazón es de mi rey y mi cuerpo está en manos de los malvados; que hagan de él lo que quieran.» La virtud con su desprecio anonadaba el orgullo de la ambicion.

Mateo Molé, durante las revueltas de la Fronda, respondia á las amenazas: «Seis piés de tierra harán siempre justicia al mas grande hombre del mundo.»

Aquí termina la pintura de las costumbres del siglo xvi, con la de los siglos feudales que componen toda la galeria de los cuadros del antiguo edificio monárquico de la Francia.

Por lo demás la historia, que así da cuenta del bien como del mal, debe reconocer hoy día que los Valois no han sido tratados con imparcialidad. Es preciso datar de su reinado el perfeccionamiento de las leyes administrativas, civiles y criminales; cuéntanse cuarenta y seis de ellas bajo el reinado tan corto de Fran-

cisco II; ciento cuarenta y ocho durante el de Carlos IX; y trescientas treinta bajo el de Enrique III; las mas notables fueron obra del canciller de l'Hopital.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I descendiendo hasta Luis XIII; pero no al siglo de Luis XIV: el pequeño palacio de las Tullerías, el viejo Louvre, una parte de Fontainebleau y d'Anet, la capilla de los Valois en Saint-Denis, el palacio de Luxembourg, son ó eran por lo tocante al gusto muy superiores á las obras del gran rey.

La raza de los Valois fue una raza letrada, espiritual, protectora de las artes y conocedora de ellas. La Francia le debe sus mas hermosos monumentos. Jamás en país alguno, ni en ninguna época, la aplicacion de la estatuaría á la arquitectura ha llegado á una altura superior que la que tuvo en Francia durante el siglo xvi. Ateas no ofrece nada mas notable que las caríátidas del Louvre. Luis XIV miraba los artistas como unos obreros; Francisco I como amigos. Luis XIV soberano mas verdadero que los Valois, les fue inferior en inteligencia y en valor. Alrededor de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III se perciben todavía los restos independientes de la aristocracia; alrededor de Luis el Grande, los descendientes de los fieros señores de la liga no son ya mas que cortesanos, cambiando el orgullo de su independencia por la vanidad de sus nombres, poniendo su honor á servir, no sacando la espada mas que por la causa de un señor. El mismo Enrique IV tiene algo de menos real y menos noble que los príncipes de quienes recibió la corona; todos parecen oscurecidos por los Guisais, verdaderos reyes de aquellos tiempos.

La verdad religiosa, bajo el reinado de los últimos Valois, luchó cuerpo á cuerpo con la verdad filosófica y la derribó; hubo choque de lo pasado con el porvenir; lo pasado triunfó, porque puso á su cabeza á los Guisais.

#### ENRIQUE IV.

(Desde 1589 hasta 1610.)

Muerto Enrique III el ejército se dividió. Una parte de los católicos permanecieron adictos á Enrique IV; otra, bajo el mando de Vitry y d'Espèron le abandonó. Enrique IV obligado á levantar el sitio de París, se retiró á Dieppe para recibir socorros que esperaba de Isabel. Estaba entonces en aquel estado de desnudez que él pinta á Sully: «Mis camisas estan todas rasgadas, mi jubon agujereado por el codo y hace dos días que almuerzo y como en casa de unos y en casa de otros.»

Los miembros de su consejo estaban advertidos de que trataba de embarcarse para Inglaterra; Biron se opuso á ello: «¡Salir de Francia, exclamó coléricamente, solo por veinte y cuatro horas, es desterrarse para siempre!» Mazeray le atribuye un rudo y elocuente discurso.

Entonces ocurrió el combate de Arques y del arrabal de Dieppe. Enrique IV recibió y dió muchas estocadas. Al darlas decia las palabras que los reyes cristianísimos pronunciaban al tocar los lamparones: «El rey te toca, Dios te sana.» El campo de batalla inspiraba al Bearnés; su valor era su genio. En la terrible toma de Cahors, donde se batió cinco días enteros en las calles, herido en diversos sitios, conjurado por sus soldados á retirarse, «Mi retirada fuera de esta ciudad, les respondió, sin haberla asegurado á mi partido, será la retirada de mi vida fuera de mi cuerpo.»

En Coutras dijo á los oficiales que se encontraban delante de él en el momento de la carga: «Separaos, no me ofusqueis, quiero que se me vea.» dijo tambien al príncipe de Condé y al conde de Soissons: «¡Vosotros sois de la sangre de Borbon, vive Dios!

Yo os haré conocer que soy vuestra línea primogénita.»

Atacado á la vez por el baron de Frinet y por Chauveau-Renauld, Frontenac derribó el primero de un golpe de sable y Enrique cogiendo el segundo por el cuerpo le dijo: «¡Ríndete, Filisteo!»

En una viva refriega que tuvo cerca de Ivetot con los duques de Parma y de Mayena, les mató tres mil hombres. Cubierto todo de sangre, después del combate, decia á los capitanes que le rodeaban: «¡Vive Dios! Si yo pierdo el reino de Francia, estoy en posesion de el de Ivetot.»

En Yory, teatro del gran hecho de armas de su vida, sus palabras tomaron el carácter elevado de su gloria. Se le hablaba de procurar la retirada: «Ninguna retirada, respondió bruscamente, mas que el campo de batalla.»

Schomberg le pidió el pago de sus tropas: «Jamás hombre de corazón, le dijo Enrique, ha pedido dinero la víspera de una batalla.» Al día siguiente arrepintiéndose de aquellas duras palabras: «Señor de Schomberg, le dijo, esta jornada será quizá la última de mi vida; yo no quiero cercenar el honor de un valiente; declaro, pues, que os reconozco por hombre de bien, é incapaz de cometer ninguna bajeza: abrazadme.»—«Señor, respondió Schomberg, vuestra Magestad me hirió el otro día, hoy me mata.» Schomberg se hizo matar cerca del rey.

En el momento de ir á la carga el Bearnés, volviéndose hácia los suyos solia decirles: «Guardad bien vuestras filas; si perdeis vuestras banderas, cornetas ó guias, este penacho blanco que veis en mi almete os servirá en tanto que yo tenga una gota de sangre; seguidle; le encontrareis siempre en el camino del honor y de la gloria.»

El oficial que llevaba el estandarte real fue herido en un ojo y se retiró de la pelea; las tropas reales comenzaron á huir. Enrique las detiene y les grita: «Volved la cara, sino para combatir, á lo menos para ver como muero.»

Cuando fue pacífico señor de la corona, señaló un día al mariscal de Estrées uno de los guardias que marchaban á la portezuela de su carroza, diciendo: «Hé aquí el soldado que me hirió en la jornada de Aumale.»

El viejo cardenal de Borbon, á quien se llamaba Carlos X, murió en su prision de Fontenay en Poitou; no apreciaba á los de la liga de quienes era entonces el pretendido rey y decia: «El rey de Navarra, mi sobrino, hará su fortuna y mientras yo estoy con ellos, es siempre un Borbon el que reconocen.»

Enrique IV, vencedor de todos sus enemigos, se acercó á París y cerró todas sus avenidas. Este sitio es famoso por las últimas locuras de la Santa Union, por una espantosa hambre y por la generosidad del Bearnés. La *Sátira Menippéa* ha descrito la grande procesion, que coloca en la inauguracion de la liga, pero que en realidad es del año 1590. Sus ingeniosos autores solamente han añadido á los frailes y al clero los principales personajes de aquel drama cómico-trágico.

«La procesion fue de este modo: El llamado doctor Rioze, quitando su caperuza rectoral, tomó su traje de maestro de artes con la muceta y el roquete y una gola encima; llevando la barba y la cabeza afeitadas recientemente, la espada al lado y una partesana en la espalda. Los curas Hamilton, Boucher, y Lincestre algo mas extravagantemente armados, componian la primera fila, y delante de ellos marchaban tres frailecillos y novicios, con sus hábitos arremangados, llevando cada cual el casco en la cabeza debajo de su capuchon y una rodela colgada al cuello, donde estaban pintadas las armas y divisas de dichos señores. Maese Julian Pelletier, cura de San Jaime, marchaba al lado, unas veces

adelante, otras detrás, vestido de violeta, á la manera de gerdarme escolástico, con la corona y la barba bien afeitadas, una cota de malla en la espalda, con espada y puñal y una alabarda en el hombro izquierdo, en forma de cabo de fila, que suda, empuja y jalea para conservar la alineacion. Después seguian de tres en tres cincuenta ó sesenta religiosos, tanto franciscanos como jacobinos, carmelitas, capuchinos, mínimos, fuldenses y otros, todos cubiertos con sus capuchones y hábitos abrochados, armados á la antigua católica, segun el modelo de las epístolas de San Pablo; entre otros habia seis capuchinos, con morrion en la cabeza, y encima una pluma de gallo, revestidos de cota de malla, la espada á la cintura sobre los hábitos; uno llevaba una lanza, otro una cruz, un venablo, un arcabuz ó una ballesta, todo mohoso por humildad católica; los otros, casi todos llevaban picas que movian frecuentemente, á falta de mejor pasatiempo, excepto un fuldense cojo, que se hacia lugar con una espada y que llevaba ademas una hacha de armas á la cintura, su breviario colgado hácia atrás; haciendo sobre un pié el molinete delante de las damas. A la cola iban tres mínimos, con igual adorno, á saber, sobre sus hábitos llevaban una coraza con la parte de atrás descubierta, el yelmo en la cabeza, la espada y las pistolas á la cintura y cada uno su arcabuz; detrás venia el prior de los jacobinos arrastrando una alabarda zurda y tan ligeramente armado como un militar sin paga; yo no vi ni allí cartujos, ni celestinos que se habian escusado por el trato. Pero todos marchaban en muy buen orden católico, apostólico, romano, y parecian antiguos ballesteros de Francia. Quisieron al pasar hacer una salva; pero lo prohibió el legado, por temor de que le hiciera algun daño ó alguno de los suyos, como al cardenal Cayetan. Después de estos buenos padres, marchaban los cuatro mendicantes, que se habian multiplicado en muchas órdenes, tanto eclesiásticas como seculares; después los Diez y Seis de cuatro en cuatro, reducidos al número de los apóstoles, y vestidos lo mismo que se les representa en la procesion del Corpus. Después de ellos iban los prebostes de los comerciantes, y los regidores, abigarrados de diversos colores; luego el tribunal del parlamento, los guardias italianos, españoles y flamencos de Mr. el lugarteniente; en seguida los cien caballeros recientemente graduados por la Santa Union, y después de estos algunos veterinarios de la cofradia de San Eloy. Seguian Mr. de Lyon muy suavemente y el cardenal Pelleve muy bajamente, Mr. el legado, verdadero espejo de perfecta belleza y delante de él el dean de la Sorbona con la cruz, de donde pendian las bulas del poder. Item venia madama de Nemours, representando la reina madre ó abuela (in dubio) del rey futuro; venia á la cola la señorita de La Rue, hija del noble y discreto La Rue, antes asastre en el puente de San Miguel y después uno de los gentiles hombres y consejeros de Estado de la Union y la seguia madama la viuda de Montpensier, con su banda verde, muy sucia de uso, y madama la lugarteniente del Estado y corona de Francia, seguida de las señoras de Bliu y de Bussy le Clerc. Finalmente, avanzaba y se dejaba ver Mr. el lugarteniente, y delante de él dos maceros aforrados de armiento, y á sus lados dos flamencos con cotas de arcabuzero negras, sembradas de cruces de Lorerna encarnadas.»

Aquellas burlescas miserias ayudaron algun tiempo al pueblo á soportar el hambre, que bien pronto se hizo sentir en todo su horror. Después de alimentarse de toda clase de animales, gatos, perros y hasta de las pieles de estos; después de haber devorado los niños, llegaron á triturarse huesos de muertos de que se hizo polvo y no harina; este pan conservaba

su virtud; el que le comía moria. Madama de Montpensier rehusó cambiar por joyas, valor de mas de dos mil escudos, un perrito que reservaba como su último recurso; las calles estaban sembradas de cadáveres, entre los cuales se arrastraban los medio vivientes. Prostituciones impotentes, pagadas con algunos alimentos viles á manos descarnadas, tenían lugar en aquellos cementerios sin fosas. La vida del hombre se arrastraba apenas, como las culebras, sobre los cuerpos tendidos.

«Mr. de Nemour, saliendo de su casa para ir á visitar algunos puestos hácia las murallas de la ciudad, encontró un hombre que, con aire desfavorido le dijo: ¿A dónde vais, señor? No paseis adelante: acabó de ver una mujer medio muerta con una serpiente enroscada al cuello y una porcion de bestias envenenadas junto á ella.» (L'ESTOILE.)

En tanto Enrique IV dejaba que sus soldados dieran vituallas á los parisienses elevándolas sobre el muro con las picas; mandaba poner en libertad á unos aldeanos que habian descargado carretadas de pan en un subterráneo (para introducirlo en París) y hasta les daba algun dinero, diciéndoles: «Id en paz; el Bearnés es pobre; os daría mas, si lo tuviera.» El Bearnés, en efecto no hacia mas que esperar el resultado de negociaciones y al duque de Parma; distraerse de sus inquietudes con la abadesa de Montmartre; dar principio á una nueva pasion con Gabriela d'Estrées y disfrazarse de aldeano, corriendo mil riesgos para ir á verla á Cœuvres.

El duque de Parma le obligó, por último, á levantar el sitio. Sixto V murió cansado de la liga. Gregorio XIV sucesor de aquel pontífice, publicó cartas monitoriales contra Enrique. El caballero de Aumale fue muerto en Saint-Denis, cuyo punto habia querido sorprender. Lanoue corrió igual suerte delante del castillo de Lamballe combatiendo por el rey: «Buen guerrero», decia Enrique y sobre todo muy hombre de bien.» El duque de Mercœur hacia la guerra en Bretaña por su propia cuenta, y mantenía relaciones con Felipe II. El joven duque de Guisa, hijo del Acuchillado se fugó de la prision y los Diez y Seis concibieron el proyecto de casarlo con una infanta de España y darle la corona. Los señores Brisson, Larcher y Tardif fueron ahorcados por los de la liga. El duque de Mayena volvió á París, é hizo colgar á cuatro de los Diez y Seis. Allí concluyó la autoridad de aquel comité de seguridad de la liga; no le habia faltado audacia y genio; pero la multitud de potestades superiores á la suya le impidieron obrar. Los miembros de este comité, en lugar de ejecutar sus proyectos públicamente, como un poder reconocido, se vieron obligados á obrar en secreto como conspiradores, lo cual les hizo menguar en autoridad. No tendian á la libertad; aspiraban á un cambio de dinastía; despues del suplicio de sus compañeros no fueron nada; la horca los deshonró.

El duque de Parma volvió á entrar en Francia para hacer levantar el sitio de Rouen, y lo consiguió. El viejo mariscal de Biron fue muerto en la batalla d'Espérenay. El duque de Parma murió en los Países-Bajos: gran capitán que fijó el arte moderno de la guerra. El duque de Espérenon, conociendo que los negocios del Bearnés mejoraban, volvió á la corte ó mas bien al campo; porque entonces el Louvre era una tienda de campaña (1590, 1591, 1592).

Los Estados de la liga, fueron convocados en París y arruinados por el ridículo y por las pretensiones de diversos candidatos á la corona. Los españoles pidieron la abolición de la ley sálica, á fin de que recayera el cetro en su infanta. El Parlamento dió un decreto en favor de aquella ley y triunfó de los Estados. El duque de Mayena, descontento de los españoles abrió conferencias en Surena con los católicos. Enrique abjuró en la iglesia de Saint Denis, el 25 de

julio de 1593 y se hizo despues consagrar en Chartres; se remendó su jubon por una suma de algunos maravedises, cuyo recibo existe aun: no estaban mal aquellos remiendos bajo el manto real enteramente nuevo del Bearnés.

Enrique IV se encontró desde su nacimiento y por las casualidades de su vida, á la cabeza de la reforma y de las ideas nuevas; pero la reforma estaba en minoría contra el antiguo culto y las ideas viejas. Los franceses católicos rechazaban un rey protestante, á pesar de su título hereditario; tenían derecho para ello, como le tuvieron los ingleses para rechazar un rey católico. La liga, culpable hácia el último de los Valois, era inocente hácia el primero de los Borbones á menos de sostener que las naciones no son aptas para mantener el culto que han elegido y las instituciones que les convienen. El peligro era inminente; los Estados estaban ilegalmente convocados sin duda, pero eran formidables, porque todo cuerpo político en un momento de crisis tiene una fuerza prodigiosa. La España apoyada en la Corte de Roma y en las preocupaciones populares, estaba pronta, aliándose al príncipe de Lorena á disponer del trono. El heredero legítimo no se podia defender mas que con soldados extranjeros, triste recurso para un rey nacional; los protestantes que le apoyaban eran un pequeño número y mas bien inclinados á la aristocracia que á la monarquía; los católicos adictos á su persona no le seguian sino porque habia prometido instruirse en la religion. No le quedaba á Enrique mas que un partido que tomar, el de abjurar; este fue un asunto entre él y su conciencia; si vió la verdad del lado donde vió la corona, tuvo razon en cambiar de altar. Sin embargo, es sensible que por lo tocante á su abjuración escribiese á Gabriela: «El domingo es cuando daré el salto peligroso.»

Una vez unido al clero y á las grandes masas populares, no tuvo mas que comprar uno por uno los gobernadores de las diversas ciudades. Los hidalgos se habian apoderado de las fortalezas y de las ciudades, del mismo modo que al principio de la raza capetiana; se hubieran visto renacer señores feudales si las costumbres hubiesen sido las mismas y si el tiempo del feudalismo no hubiera ya pasado. Enrique IV tomó muchos castillos, como Luis el Gordo y compró los restantes. El espíritu aristocrático espiraba. París abria sus puertas á Borbon el 22 de marzo de 1594. El poder absoluto que comenzaba, suprimió todos los escritos de aquella época y prohibió bajo pena de la vida su impresion y venta. Francisco I habia sentido el primer instinto contra la libertad de la prensa. Enrique IV concibió la primera razon.

En 1594 Juan Châtel hirió á Enrique IV de una cuchillada en un labio, y los jesuitas fueron desterrados de Francia. En 1595 ocurrió el encuentro de Fontaine-Française, uno de los mas furiosos que ha habido en ningun tiempo. Enrique combatió con la cabeza desnuda y con todo el entusiasmo de un joven soldado. Despues del combate escribió á su hermana: «Has estado casi á punto de heredarme.»

El rey fue absuelto por el papa. El duque de Mayenne se sometió (1596). Cuando Enrique entró en París, la sola venganza que tomó contra madama de Montpensier fue jugar con ella á los naipes; la sola venganza que ejerció con su hermano el duque de Mayenne, obeso y torpe, fue hacerle pase ar á prisa por un jardin.

Se promulgó el edicto de Nantes, se firmó el tratado de Vervins (1598). Se ver ficó el casamiento de Enrique con María de Médicis, el primer año del siglo xvii. ¿Cómo no se habrian cansado todavía de los Médicis?

Ocurrió la conspiración del mariscal de Biron y la muerte de Isabel, reina de Inglaterra. El primer Esuardo, Jaime I, ascendió al trono de la Gran Bre-

taña en la época en que el primer Borbon ponía en sus sienas la corona de Francia. De esa fecha datan el establecimiento de las manufacturas de seda, tapicería, loza y vidriería y la colonización del Canadá. No se creía tratar mas que de asuntos del comercio y se trataba de la política; la propiedad industrial vive de la libertad y con el acrecentamiento del bienestar se aumentan las luces. Enrique IV que provocaba por todos los medios las pasiones, que no fue escuchado ni de madama de Guercheville, ni de Catalina de Rohan, ni de la duquesa de Mantone, ni de Margarita de Montmorency, vió al príncipe de Condé, marido de la última, retirarse con ella á Bruselas. ¿Este príncipe de Condé era hijo de Enrique IV, por Carlota de Tremoille, acusada de haber envenenado á su marido para ocultar un embarazo? Se pretende que Margarita de Montmorency, apremiada por Enrique IV le

decia: «Malvado, quereis seducir (1) la esposa de vuestro hijo, pues que sabeis bien que lo era segun me lo habeis dicho.» (Memorias para servir á la Historia de Francia).

Enrique IV, ó con el designio de perseguir el objeto de su nueva pasion, ó por realizar un proyecto de república cristiana, iba á llevar la guerra á los Países-Bajos, con el pretexto de la sucesion de Cleves y de Juliers, cuando fue detenido por uno de aquellos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes (11 de mayo de 1610). Estos hombres surgen súbitamente y se abisman al punto en los suplicios; nada les precede, nada les sigue; aislados de todo, no estan pendientes en el mundo mas que de su puñal; tienen la misma existencia y las propiedades, si así puede decirse, de una cuchilla; pues no se les ve sino un momento á la luz del golpe con que



MUERTE DE COLIGNY.

hieren. Ravaillac estaba bien cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia, que el último rey de una raza y el primero de otra hayan sido asesinados de la misma manera, por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su corte, en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á los dos asesinos; pero uno inmoló un príncipe católico, el otro un príncipe que se creía protestante. Clemente fue el instrumento de una ambición personal. Ravaillac, como Louvel, el ciego mandatario de una opinion.

Se ha hecho notar muchas veces que la segunda aristocracia vino á concluir en Arques, Ivry y Fontaine-Française, como la primera en Crecy, Poitiers y Azincourt. Desapareció de hecho y de derecho, porque Enrique IV publicó un edicto, en virtud del cual la profesion militar no ennoblecía. Todo hom-

bre de armas, bajo Luis XII, era hidalgo, así como todos los paisanos que habian adquirido un feudo y lo poseian militarmente. El artículo 258 de la ordenanza de Blois de 1579 habia destruido la nobleza que resultaba de un feudo. Luis XV, en 1750, restableció la nobleza adquirida á precio de sangre; pero el golpe estaba dado. Enrique IV, este soldado, habia querido que las armas permaneciesen en el estado llano: el ejército, hecho plebeyo, dejó á la gloria el cuidado de ennoblecerle.

Se tiene una idea falsa de la manera con que los Borbones llegaron al trono. Por una parte no se ha visto mas que la matanza de la San Bartolomé, los furiosos de la Liga, las intrigas de Catalina de Médicis, los desórdenes de Enrique III y la ambición de

(1) No está conforme á la lisura del texto.